

Wolf Haas

**Ven, dulce muerte**  
La tercera investigación  
del detective Brenner

Traducción del alemán de  
María Esperanza Romero



**Siruela** Nuevos Tiempos / Policiaca

¡Y dale!, ha vuelto a ocurrir algo.

Un día que comienza así sólo puede ir a peor. No es que yo sea supersticioso; no soy, ni mucho menos, de los que temen desgracias cuando un gato negro se les atraviesa en el camino o que al paso de una ambulancia hacen la señal de la cruz para conjurar el quirófano.

Tampoco digo martes y trece. Porque fue un lunes veintitrés cuando, tumbado en medio de la Pötzleinsdorfer Strasse, Ettore Sulzenbacher lloraba como para ablandar el corazón de las piedras.

Cuando la señora Sulzenbacher lo encontró en aquel lugar, primero pensó que era el consabido berrinche por el nombre de pila que había puesto a su hijo hacía siete años, pero luego advirtió el motivo real de su desconsuelo: al lado de Ettore yacía el cuerpo sin vida de su gato Ningnong.

Una ambulancia con sirena y luz azul había hecho papilla al felino. Cuando Ettore lo encontró, la ambulancia ya estaba a mil leguas del lugar. Había bajado a toda pastilla por la Pötzleindorfer Strasse, de manera que fue una suerte que no hubiera más víctimas mortales que Ningnong.

En cualquier caso, de nada sirven las lágrimas en una tesitura tal. El gato había quedado tieso. Lo único que no sé es si arrollar un gato negro trae más o menos mala suerte.

De todos modos el socorrista Manfred Grande no se detuvo a pensar en ello un solo instante. Conducía a una velocidad tal que ni siquiera se percató de haber dejado a Ningnong conver-

tido en una masa de hojaldre negra, pues tenía que apretar el acelerador para coger el siguiente cruce en rojo.

Resulta que hoy en día entre los conductores de ambulancia lo de contar los cruces que llegan a atravesar en rojo durante cada salida de emergencia se ha convertido un poco en una moda. Existe entre ellos una especie de mentalidad de batir récords como la que se extiende a día de hoy en todas partes. Pero tienes que saber una cosa. La ley no permite que las ambulancias atraviesen los cruces en rojo. La gente cree que está permitido por las veces que ve cómo las ambulancias con luz azul y sirena se saltan los semáforos. Cuando en realidad está prohibido. Rojo es rojo. También para las ambulancias.

Y también para Manfred Grande, a quien sus compañeros siempre han llamado Pongo. No sé de dónde le viene este apodo, pero debe de tener algo que ver con sus ojos de besugo y ese cuello grueso y rojo de orangután que tiene. Y el pelo crespo no es que mejore el asunto. Pero a Pongo, con sus veintiocho años, ya se le ha caído un poco el pelo y una enfermera ex peluquera le ha hecho ricitos por ciento noventa chelines, a modo de estrategia de camuflaje, como quien dice. Lo curioso es que cuanto menos pelo tiene Pongo en la cabeza, más grande y poblado se le vuelve el mostacho.

Ahora bien, semáforo en rojo, prohibido pasar. Y Pongo, claro, con más razón atraviesa el cruce. Porque es como una especie de reacción protesta entre los conductores de ambulancia. Una protesta contra el legislativo. Día a día te juegas la vida levantando a la gente de la calzada antes de que los buitres se les echen encima y ¿crees que el legislador te ofrece algún apoyo? ¿Crees que se digna dar las gracias siquiera? ¿O que te permite pasar en rojo? ¡Estás tú listo! El legislador lo que hace es ponerte palos en las ruedas y no piensa transigir con los semáforos. Eso desde el punto de vista puramente legal.

Desde el punto de vista práctico, obvio, la cosa cambia. Porque Ningnong no había caído aún del todo sobre el asfalto cuando Pongo Grande ya estaba saltándose a toda mecha el semáforo del cruce siguiente.

Porque no puedes olvidar una cosa: Pongo tenía ese pacto con unos cuantos socorristas. Para divertirse un poco. Y por

qué no, si eso hacía más llevadero el día a día. Bastante ha de rendir un conductor de ambulancia para que tenga un poco de distracción, digo yo, aunque, desde el punto de vista puramente legal, el asunto no se ajuste del todo a la letra.

Escucha lo que te digo. La cosa funcionaba de la siguiente manera: cuando llegaba por radio el aviso de salida, Pongo gritaba: «Cinco, u ocho, o si me apuras: tres», según dónde estuviera. Y eso significaba los minutos que necesitaba para llegar hasta el lugar del accidente. Y si el otro socorrista contestaba: «Más», eso quería decir que aceptaba la apuesta. Si Pongo tardaba más, tenía que darle un billete de cien; si no, era él quien recibía el billete de cien del otro.

Pero como Pongo casi siempre lo conseguía, los socorristas solían acceder cada vez menos a apostar. Entonces Pongo tenía que ofrecer tiempos cada vez más descabellados para que alguno mordiera. Y luego, claro, tenía que conducir como alma que lleva el diablo.

Por poner un ejemplo: de la Südtirolerplatz a la Taborstrasse, ocho minutos en hora punta. Eso equivale a un comando suicida, y cualquiera que le haya hecho de copiloto a Pongo alguna vez en dicho trayecto se jura no volver a apostar con él, no por miedo a perder los cien chelines, sino por mera cuestión de supervivencia.

Su copiloto ese día era Hansi Munz. Y que era lunes a Hansi Munz no se le olvidará en la vida. No porque Pongo hubiera enfilado la Gersthofer Strasse a velocidad de vértigo, sino porque..., pero espera.

El motivo por el cual Pongo se lanzaba ahora a tumba abierta con luz azul y sirena en dirección al hospital general no estribaba en una apuesta con Hansi Munz. Porque éste era un casoso que no arriesgaba ni un chelín. No, la cosa era que Pongo tenía que ir a por un hígado de donante al hospital general.

–¡Milka! –gritó de repente Hansi Munz al ver que Pongo bajaba a 120 por la Währinger Strasse–. ¡Milka!

Porque no acertó a decir más cuando vio que el camión de Milka se detenía ante la filial del Spar y Pongo, sin hacer amago de frenar, embestía a toda máquina el camión. Y aunque Hansi Munz sabía lo susceptible que era el otro cuando un copiloto se

metía con su manera de conducir, no pudo refrenarse y le lanzó aquel grito de advertencia. Pero el susto no lo dejó pronunciar más que las dos sílabas de «Milka», quizás porque esta palabra desde pequeño ha estado en boca de todos.

Y lo creas o no, Pongo no se estampó contra el camión. Tampoco dio un volantazo hacia la izquierda en el último momento, ni mucho menos accionó el freno.

Lo que hizo fue sonreír de oreja a oreja y avanzar a trompicones sobre la acera entre el camión y la entrada del Spar. Y si una ambulancia tiene dos metros de ancho, entre el camión y la sucursal del súper habría doscientos centímetros de distancia, como mucho, y Hansi Munz hubiera jurado que a izquierda y a derecha se le desollaba el pellejo, o sea que sintió en carne propia lo que debió de sentir la pintura del vehículo.

No obstante, una cosa sí hay que reconocerle a Pongo: colarse con la ambulancia entre el camión de Milka y la sucursal del Spar fue una elegante maniobra. No sé cómo lo consiguió, pero de alguna manera pasó por los pelos.

Hansi Munz, obvio, suspiró aliviado. No fue sólo por los rasguños que se llevó la ambulancia que creyó perder la piel de gallina que se le había puesto en los antebrazos, sino más bien por la sensación premonitória de lo que el jefe haría con ellos si volvían con la ambulancia abollada.

–El júnior nos desuella vivos si volvemos a escoñar la nueva 740.

–Nadie va a escoñar nada –dijo Pongo celebrando aún su hazaña con cara risueña, mientras enfilaba el Cinturón a la altura de Währing en dirección ascendente y sentido contrario. Tres filas de coches le venían de frente al conductor suicida que no había tomado la calzada correcta de dicho cinturón porque esto suponía una maniobra demasiado complicada para entrar en el hospital general.

–¿Y qué hubieras hecho si se hubiese abierto una puerta del camión de Milka?

–Agachar la cabeza.

–Estás chalado, pero que muy chalado.

–Lo que está en juego es un hígado de donante, Munzi.

–Si sigues conduciendo así, pronto podremos donar nues-

tros propios órganos. ¿Qué hubieras hecho si en ese momento alguien sale del Spar?

-No salió nadie.

-Pero ¿y si alguien llega a salir?

-Hubiera tenido suerte. Hoy en día puedes considerarte afortunado si te atropella un coche y resulta que es una ambulancia. Al paisano lo hubiéramos puesto en vertical en un periquete.

-Vaya estómago que tienes.

-Cógete la jubilación si no tienes estómago. Llevar una ambulancia no es una fiesta infantil.

Hansi Munz notó que Pongo ya no quería oír más pegas y él por su parte se alegraba de que el tiempo los alcanzara para el hígado de donante.

Porque eran las cinco menos tres minutos y ya prácticamente habían llegado al lugar. Con la maniobra en el andén y el trozo recorrido en sentido contrario Pongo había recuperado al menos dos minutos.

-¡Mierda! -exclamó Pongo cuando estaban a punto de embocar la entrada del hospital general. Porque de la dirección contraria, o sea como quien dice nadando con la corriente, les venía de cara la 720, también con luz azul y sirena-. ¿Quién es el cabrón que lleva hoy la 720?

Por supuesto que la 720 no cedió ni un milímetro. A unos diez metros del morro de su vehículo, entró disparada por la puerta principal.

-Es Lanz.

-Tenía que ser él.

Pongo no podía creer que fuera justo el gallina de Lanz quien se le adelantara en su carrera por el hígado de donante.

-No te preocupes, hay tiempo -dijo Hansi Munz intentando calmar a Pongo.

El coche no se había detenido aún cuando éste salió como un bólido. Porque en días impares era al conductor al que le tocaba ir a buscar el hígado; en los pares, lo hacía el copiloto; así lo habían acordado hacía muchos años entre los dos, y hoy era lunes, veintitrés. Eso Hansi Munz no lo olvidaría ni si llegaba a cumplir los ciento diez años como la señora Süssenbrunner, a la

que dos semanas atrás había llevado por última vez a su terapia contra los efectos del Parkinson.

Entre el aparcamiento y el chiringuito situado sobre el césped, al lado mismo del nuevo templete para bandas musicales, habrá unos quince o veinte metros de distancia. A Pongo aún le quedaba más de un minuto para recorrer esos quince metros, con lo cual no tendría que haberse precipitado. «Dos porciones de hígado de donante con guindilla y mostaza dulce», alcanzó a decir antes del cierre, a las cinco en punto. Porque Rosi, la del chiringuito, en eso era inflexible: el que llegara antes de las cinco podía ponerse en la cola, pero después de esa hora ya no había cola que valiera.

A Hansi Munz ya le crujían las tripas y además le fastidiaba que Pongo hubiera tenido que ponerse detrás de Lanz en la cola. En fin, había que hacerse a la idea de esperar un poco más hasta poder hincarle el diente al hígado de donante.

Ya no recuerdo cuál de los conductores lo bautizó de esa manera, el hecho es que los demás lo imitaron y hace unos años incluso Rosi, la del chiringuito, lo escribió así en el tablón de tiza al lado de su ventanilla: «Hígado de donante 32 chelines; corazón de donante 60 chelines» (eso era antes, porque ahora ya vale 39 chelines y verás cómo sólo es cuestión de tiempo y también habrá sobrepasado la barrera infranqueable de los 40).

Pero, obvio, los pacientes se quejaron y el rapapolvo que le echó el gerente del hospital hizo que Rosi volviera a anunciar el tentempié con su nombre tradicional: «cuarto de kilo de *leberkäse*» y «medio kilo de *leberkäse*». Pero nada pudo hacer el gerente contra el uso oral de la expresión, de modo que se seguirán llamando así para siempre: «hígado de donante» la ración para el hambre normal, y «corazón de donante» la de matar el hambre canina.

Y tras tamaña agitación, a Hansi Munz le había entrado un hambre tal que casi se arrepentía de haberle pedido a Pongo sólo un hígado de donante. En cualquier caso, el hambre nunca puede ser tan grande como para que después de un corazón de donante no tengas que hacer de tripas corazón para contener el mal de estómago.

De todas formas, Hansi Munz no tuvo ocasión de aburrirse

mientras esperaba. Porque no paró de observar en el estrecho pasaje entre el chiringuito de Rosi y el templete a una pareja de enamorados que podían pasar perfectamente sin *leberkäse*; de hecho, parecían devorarse el uno al otro.

La mujer llevaba una bata blanca de enfermera y el hombre, que le sacaba al menos una cabeza, presionaba la suya contra la nuca de ella de tal manera que de tanto observarlos Hansi Munz llegó a sentir tortícolis.

–¡Qué zorra más zorra! –murmuró viendo cómo la enfermera echaba la cabeza cada vez más hacia atrás.

Ya no esperaba a Pongo con impaciencia, pues quería seguir gozando tranquilamente del espectáculo. «¡Qué zorra más zorra!», seguía repitiendo una y otra vez, aunque, a decir verdad, todavía no estaba en la edad en que el ser humano tiende a los soliloquios. Tenía apenas treinta años, y era sólo por sus modales casposos por lo que la gente solía considerarlo mayor. Por otra parte, sus gafas pasadas de moda y sus cuatro pelos de jubilado tampoco le conferían aspecto de jovencito. Incluso la pálida pelusilla de adolescente que lucía a guisa de bigote no parecía en él juvenil, sino sólo raquítica.

Pero hoy: segunda primavera para Hansi. «¡Eres una zorra cachonda!», le decía a la enfermera tuteándola de repente como si ella pudiera oírlo, como si él no estuviera a quince metros de distancia en un coche cerrado, observándola a través del cristal.

Hansi resoplaba como si tuviera a la enfermera igual de cerca que el hombre alto y pálido de traje gris oscuro, que se empleaba tan a fondo con la chica en el pasaje entre el chiringuito y el templete que cualquiera habría dicho que aquello no era un beso sino una operación de amígdalas, sólo que en ese momento no había quirófano disponible en la sección de otorrinolaringología.

Y entonces el cristal del parabrisas se fue empañando por el calor que embargó a Hansi Munz al observar cómo la enfermera se fue escurriendo centímetro a centímetro en el pecho del amante.

–¿Pero qué estás haciendo ahora? –preguntó a la zorra cachonda desde este lado del cristal.

Al instante saltó del coche más rápido de lo que lo había

hecho Pongo un rato antes. No porque no hubiera aguantado ya más la excitación. Al fin y al cabo, no voy a presentarlo peor de lo que es. Aunque excitado sí que estaba, sólo que no en ese sentido. Sino en el sentido en que se excita una persona que ve lo que el socorrista Hansi Munz estaba viendo en ese momento.

Porque la enfermera se escurría a ojos vistas, y luego también lo hizo el hombre. Ambos fueron escurriéndose cada vez más hacia el suelo. Hasta que quedaron inmóviles sobre la franja de césped que mediaba entre el chiringuito y el templete.

Tanto excitó la escena al socorrista Munz que faltó poco para que rompiera las bisagras de la ambulancia al precipitarse hacia ellos.

Pero lo único que logró hacer fue constatar su muerte. Mejor dicho, oficialmente un socorrista no puede hacerlo. Porque es competencia exclusiva del médico forense. Pero hay que ver la mala pata de esta enfermera. Alguien le había pegado al hombre un tiro en la nuca, con tan mala idea que la bala al salir por el otro lado la atravesó también a ella.

Entrando por la cerviz del campeón del beso, la bala no tuvo que recorrer un trozo muy largo hasta alcanzar la cavidad bucal, y como ambos tenían la boca abierta de par en par, el proyectil continuó como si tal cosa su camino internándose en el cerebro de la enfermera.

¡Ves! Era eso lo que quería decir yo antes. Ésa es la razón por la cual Hansi Munz no olvidará tan fácilmente la fecha. Lunes, 23 de mayo, 17 horas y 3 minutos.